

LAS TRES DEFENSAS: FORMAS DE PROTECCIÓN SIMBÓLICA DE LA CASA ALTOARAGONESA EN EL VALLE DE ISÁBENA

Gerard ROMEU COSCOLLA*

RESUMEN La casa altoaragonesa va más allá de ser únicamente una construcción residencial. En la zona de Ribagorza, a orillas del río Isábena, las casas reflejan una tradición pirenaica que las convierte en verdaderas instituciones. No solo proporcionan protección física, sino que también simbolizan la seguridad y el espíritu de la familia. Ese simbolismo se manifiesta mediante un sistema defensivo remarcable: las tres defensas (objetos incorporados en la construcción, amuletos agregados y rituales realizados en el entorno de la casa). Estas prácticas, que combinan la tradición y la técnica, revelan las creencias religiosas arraigadas en la sociedad rural de la época.

PALABRAS CLAVE Amuletos. Alto Aragón. Arquitectura vernácula. Casa. Construcción. Creencias tradicionales. Decoración. Defensas. Fetiches. Isábena. Objetos. Ornamento. Pirineos. Protección. Profiláctico. Propiciatorio. Ribagorza. Rituales. Simbolismo. Sistema defensivo. Técnica. Tradición.

ABSTRACT The houses of Aragon's Highlands transcend mere residential constructions. In the Ribagorza region, along the banks of the Isábena River, these houses embody a Pyrenean tradition that elevates them to the status of true

* Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona – Universitat Politècnica de Catalunya.
gerard.romeu.gr@gmail.com

institutions. They not only offer physical protection but also symbolize the security and the spirit of the family. This symbolism is exemplified by a remarkable defensive system: the three defenses (objects integrated into the construction, added amulets, and rituals performed in the vicinity of the house). These practices, blending traditional rituals and technique, reflect the deeply ingrained religious beliefs of the rural society during the period of their construction.

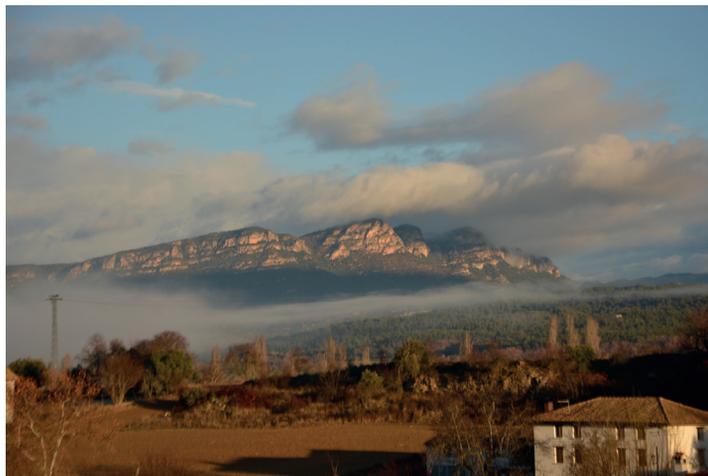
KEYWORDS Amulets. Upper Aragon. Vernacular architecture. Home. Construction. Traditional beliefs. Decor. Defenses. Fetishes. Isábena. Objects. Ornament. Pyrenees. Protection. Prophylactic. Propitiatory. Ribagorza. Rituals. Symbolism. Defensive system. Techniquea. Tradition.

LA CASA: CONTEXTO Y UBICACIÓN

Toda casa se sitúa en un sitio único y concreto, un rincón en el mundo seleccionado con precisión. Esta elección va más allá de la simple geografía: implica una profunda conexión entre su entorno y quienes la habitan. El sitio donde se erige la casa no solo modela su estructura física, sino que también influye de manera significativa la vida y las experiencias de quienes la llaman *hogar*, un hogar que es la materialización del alma de la familia, su centro. Esta es la razón por la que este lugar devenía un refugio tanto para el cuerpo como para el espíritu de sus moradores. Este escrito trata de desvelar cómo protegían y daban cobijo de forma física, pero simbólica también, aquellas construcciones que salpican la geografía pirenaica en la parte central de Ribagorza, siguiendo el curso del río Isábena, un cobijo que no solo protegía de las inclemencias del tiempo, sino que proporcionaba una serie de defensas para salvaguardar a todos y cada uno de los individuos que conformarían la unidad familiar de forma profiláctica y propiciatoria, fruto de un miedo que provenía de lo desconocido, de más allá del territorio habitado por el hombre. Esas defensas, articuladas de tres formas diferentes en la construcción agropecuaria tradicional, serán descritas en el presente artículo.¹

La arquitectura vernácula pirenaica se adapta al entorno geográfico considerando las limitaciones del suelo y el clima. Las zonas bajas y las montañosas del Alto Aragón tienen características distintas. A pesar de la escasez de tierras cultivables, se

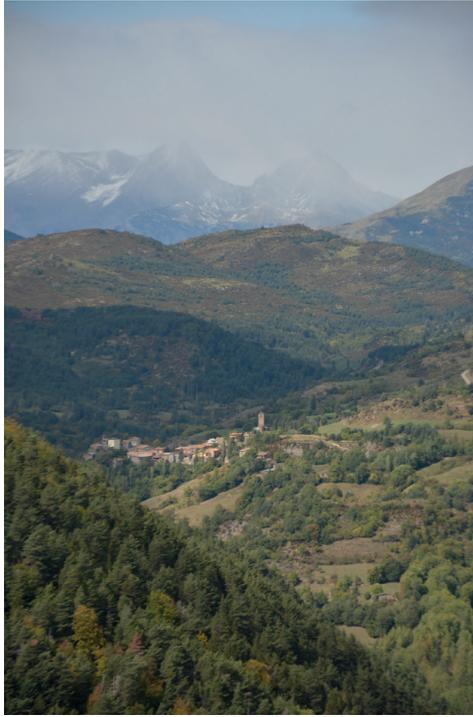
¹ Las fotografías y los dibujos que ilustran el artículo han sido realizados por el autor.



Vista del bajo Isábena desde Lascuarre.



Entorno del medio Isábena antes del congosto de Obarra.



Vista del alto Isábena desde Espés.

desarrollan comunidades agrarias con las infraestructuras necesarias. Las ubicaciones de los asentamientos se determinan por la orientación solar, pero también por la presencia de antiguas vías de comunicación. Las poblaciones históricas (Roda de Isábena, por ejemplo) se sitúan estratégicamente, mientras que las más recientes se desarrollan junto a los ríos, como es el caso de La Puebla de Roda. Los caminos antiguos del valle de Isábena revelan el contraste entre tierras bajas y montañas a su paso por las fuentes de San Cristóbal en Serraduy y a través del congosto de Obarra en Calvera. A medida que se avanza hacia la alta montaña cambian el paisaje y la agricultura, lo que tiene un impacto en la cultura y la arquitectura. Las comunidades se concentran en pequeñas aldeas, algunas dispersas por la montaña, con casas unidas por muros de medianería que proporcionan protección mutua.

Casa es el término que define la morada del ser humano, el cobijo frente al mundo exterior. Trasciende su mera condición de construcción física para convertirse

en el refugio primordial que protege del tumulto anteriormente desarrollado. Es en sus paredes donde el ser humano encuentra seguridad y resguardo, y constituye el santuario íntimo del individuo y de la familia. Siguiendo este hilo conductor, en las comunidades agrarias y montañosas la consideración del hogar aún va más allá. La casa es una institución entendida como una unidad jurídica, económica, productiva y residencial donde se unen bajo una misma entidad tierras, familia y ganado. Por lo tanto, *casa* es un vocablo suprayectivo y no biyectivo referente a la construcción (Establés, 2006: 23). Asimismo, el término *familia* se unifica con él, al ser más importante el nombre de la casa que el nombre familiar, ya que quienes la habitan son reconocidos no por su apellido, sino por su procedencia. El trabajo para la casa, la unidad de producción básica, era la principal actividad y la fuente de vida de sus moradores. Cada uno tenía sus tareas asignadas y todo funcionaba conjuntamente como un perfecto engranaje para el beneficio común. En sus límites entraban tanto tierras de alrededor del pueblo como establos, eras y pajares. El vínculo con la casa era tan fuerte que esta se consideraba el puntal de la vida de sus habitantes, el *axis mundi* de su existencia. Ese punto fijo, absoluto e inamovible, era el centro de toda existencia individual y familiar, ordenaba el cosmos exterior y era proyectado como un microcosmos interior perfecto y cerrado (Eliade, 2018: 25). Se trata de un espacio que unifica dos elementos: uno religioso que gira en torno al fuego y otro civil como refugio de las costumbres, de la tradición secular y del linaje familiar (Rábanos, 1990: 13). Deriva del primer elemento el término *llar*, palabra relacionada con las deidades lares romanas, protectores de la casa y representadas por la *llar de foc* o el hogar del fuego. Penetrar en su interior suponía revelar la intimidad de cada familia; de ahí los recelos a la hora de dejar entrar a vecinos y otros miembros de la comunidad. Se permitía el acceso a determinados espacios, como el patio, el vestíbulo o la cocina, pero nunca a las habitaciones y los espacios reservados a la familia, vetados a cualquier visitante ajeno a la casa, y mucho más a extranjeros o personas no pertenecientes al pueblo (Lisón, 1986: 91).

TIPOLOGÍA Y CONSTRUCCIÓN

Las casas del ámbito de estudio de la cuenca hidrográfica del Isábena, situada en la parte central de Ribagorza, siguen unos patrones semejantes en la tipología constructiva a los de la arquitectura vernácula del Pirineo, en una zona donde la dificultad para establecer vías de comunicación influiría en los diferentes grupos constructivos.

Más al norte se observan arquitecturas con influencia de regiones vecinas como el alto Sobrarbe o incluso francesa. En los valles medios y bajos del curso del río Isábena aparece una arquitectura de transición, una mezcla de construcciones de alta montaña con detalles y soluciones propios de las tierras bajas altoaragonesas. Se documentan únicamente dos modelos constructivos, la *casa-patio* y la *casa-bloque*, siempre con modificaciones y peculiaridades compartidas en Ribagorza. Son edificaciones de un carácter defensivo muy marcado, especialmente las establecidas fuera de los núcleos poblados. A continuación, se describen las diferencias entre ambos tipos y la distribución interior de la casa tradicional.

Se entiende por *casa-bloque* aquella construcción que alberga bajo un mismo techo en distintos espacios familia, animales, cosechas y utillaje. En las plantas inferiores, de acceso, cerca del vestíbulo principal se encuentran las despensas y los locales de almacenaje, tanto los de utensilios de labranza como los pajares y las eras.



Modelo de casa-bloque en El Vilar (La Puebla de Roda).

Al fondo, en el lugar más protegido, aunque ventilado, los establos y las cuadras, separados según las especies de animales. La familia ocupaba los espacios cercanos a los almacenes de las provisiones, pero mayoritariamente el piso superior, la planta principal de la casa, donde se distribuía la vida doméstica alrededor de una zona central. La cocina y el hogar constituían el lugar más importante. Esos espacios superiores aprovechaban asimismo el calor de los establos y las cuadras para mantener la temperatura. Este primer tipo de casas-bloque solía estar asociado a familias modestas con poco ganado y por lo general ubicadas en el interior de los pueblos y entre medianeras en las zonas bajas de los valles. En regiones de más altitud normalmente son más independientes y aparecen exentas dominando el paisaje. En las zonas agrícolas de tierras llanas disminuye la superficie dedicada al ganado, ya que las actividades de la familia no dependen tanto de los animales como del trabajo en el campo; por eso en esos casos las casas suelen disponer de más sitio para el ser humano (Rábanos, 1990: 284).

El segundo tipo de casa agropecuaria tradicional del área ribagorzana del Isábena es el de las *casas-patio*. Este tipo enlaza con la tradición de la villa rústica romana, donde el hombre y el animal no comparten el mismo techo, sino que cada uno dispone de su espacio en construcciones diferentes. El acceso al recinto se realiza a través de un portal exterior que permite el paso al patio cerrado. Encontramos espacios independientes para el cobijo del ganado con otros para guardar el utillaje al fondo, en el denominado *patio cubierto*. Son lugares dedicados a actividades de labranza y cuidado de los animales, siempre diferenciados de las estancias para las personas. Bajo la parte destinada a la vida humana encontramos también almacenes y bodegas. En la primera planta se disponen las habitaciones y la cocina, el elemento central de la casa.

Normalmente la casa-patio está asociada a explotaciones más grandes, con requerimientos mucho más importantes que los de una familia modesta; es por eso por lo que acostumbra a estar vinculada con casas pudientes. Esas familias disponen de más recursos para la protección y el desarrollo de su propiedad, por lo que es normal ver construcciones con torres asociadas, con características propias de las casas-torre en el Alto Aragón, y otras con capillas vinculadas también a la propia familia. Todo ello hace de esos grandes espacios unas casas de proporciones más generosas, más agradables y más cómodas (Rábanos, 1990: 283).

El tipo edificativo viene acompañado además de peculiaridades según la geografía local, de modo que las zonas bajas se distinguen de la alta montaña. Existen



Modelo de casa-patio. Casa Pellicero de Ballabriga.

diferencias en la distribución y la caracterización de las casas según si se ubican en las zonas bajas del Prepirineo o en las intermedias y las altas de Ribagorza, tanto catalana como aragonesa. El paso de Serraduy es la línea que marca la frontera entre las características constructivas de las viviendas en función de factores climáticos concretos. Esto no quiere decir que entre ambos lados de esa frontera física no encontremos excepciones, ya que en todo caso rigen las características de la geografía inmediata y los recursos locales, por lo que cada una de las construcciones fue adaptándose al medio que la envolvía.

LAS TRES DEFENSAS

La casa tradicional de Ribagorza revela una compleja relación entre sus elementos constitutivos y otros de transcendental importancia para la vida familiar que son las protecciones simbólicas. Aunque estos elementos carecen de una función estructural, se revela su relevancia como objetos utilitarios. La casa se erige en bastión tanto físico como espiritual frente a las amenazas del entorno, las inclemencias del tiempo y las influencias negativas y las envidias de los vecinos. Más allá de sus paredes y sus ventanas existe una barrera invisible pero crucial: una defensa espiritual contra las fuerzas intangibles. Esta estrategia, reflejada en objetos y prácticas rituales, aseguraba el bienestar tanto físico como espiritual de sus habitantes. Mientras que una línea de

defensa protegía el cuerpo de los moradores de la casa, la otra, que es estudiada en este escrito, salvaguardaba el alma y la mente. Esos objetos desempeñaban un papel fundamental en la seguridad de la vida rural. La casa no era solo un refugio material, sino también un baluarte espiritual donde se preservaba la vida y la armonía, una representación del alma de la familia.

La línea defensiva de propiedades apotropaicas desarrollada en la arquitectura se puede dividir en tres defensas distintas según la inspección de las diferentes construcciones realizada a lo largo del ámbito de estudio del valle de Isábena, en el corazón de Ribagorza. La primera categoría defensiva la componen aquellos objetos que forman parte intrínsecamente de la construcción, es decir, de los propios materiales que sustentan la casa. La segunda línea defensiva la constituyen los elementos que han sido añadidos *a posteriori* y, por lo tanto, pueden clasificarse como amuletos que visten la arquitectura. Finalmente, las últimas defensas que se han detectado son los rituales, los conjuros o las oraciones que se realizan en el ámbito doméstico para asegurar la protección tanto del hogar como de las personas y los animales que residen en la casa.

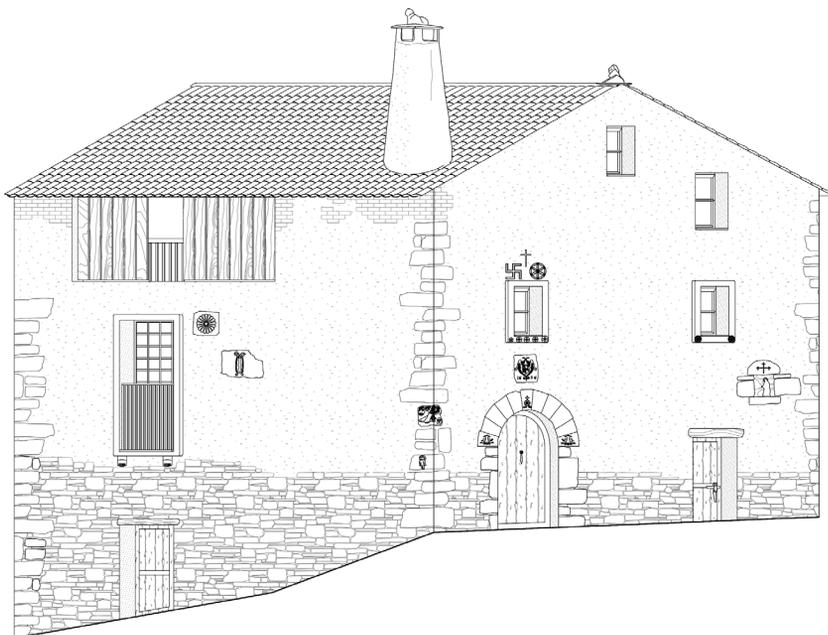
Defensas fijas: fetiches o elementos intrínsecos a la construcción

La primera línea de defensa del hogar tradicional la constituyen los objetos máticos inertes (pétreos, metálicos o de madera) insertados en la propia construcción. Se trata de pequeños detalles, de vocación ornamental asociada, ubicados en puntos estratégicos de la casa, de modo que la arquitectura constituye el soporte para la transmisión de sus poderes. Son verdaderos fetiches que influyen en la mentalidad de los moradores, ya que sobre esos elementos recae la continuidad de sus vidas, la prosperidad de la casa y el futuro del linaje familiar. La consideración de fetiche viene dada por la concepción del funcionamiento del sistema de relaciones proyectado entre el objeto y los usuarios de la casa: la familia supedita su voluntad a unas imágenes máticas a cambio de su protección, es decir, pasa a estar en manos de unos objetos a los que deberá una devoción perpetua para asegurar la continuidad de la vida en la casa. Si este sistema se rompe, la piedra —o el material que soporte la representación—, que antes estaba viva según la concepción descrita, muere y el vínculo se desvanece (Romeu, 2022: 106). Para que esas imágenes cobrasen entidad propia (de ellas se esperaba que protegieran la casa) debían activarse unos mecanismos determinados que convirtieran la materia inerte en funcional. Por esta razón eran necesarios una serie de rituales con

sacrificios vinculados para su activación (*ibidem*, p. 98). El espacio más protegido es el umbral de paso, el lugar más vulnerable según la cosmovisión de la sociedad agropecuaria tradicional. El umbral suponía la rotura de la delimitación entre el exterior y el sagrado interior; el paso era la penetración del mundo caótico y peligroso en el seno materno representado por la casa. Esa vía de acceso, muy marcada en las construcciones vernáculas, debía enfrentarse a las amenazas de la naturaleza y de la comunidad, los principales peligros para la continuidad de la vida familiar. Tanto puertas como ventanas tenían que ser debidamente protegidas mediante elementos apotropaicos, al igual que otras partes sensibles de la construcción como esquinas, balcones, aleros y, sobre todo, cubiertas y chimeneas. Cualquier punto débil de la caja estructural y simbólica que conformaban los muros de las casas tenía que ser protegido y salvaguardado de algún modo.

Normalmente estos elementos surgen durante el mismo proceso constructivo de la casa; no son improvisados, pero tampoco planeados. La construcción de la casa tradicional pirenaica no requería la figura del arquitecto, por lo que no hay proyectos, esbozos o documentos que testifiquen cómo debía ser aquello que se iba a construir. La falta de información acerca de la colocación de esos detalles en las construcciones antiguas aún genera más incertidumbre sobre su presencia. Son objetos que nunca se mencionan por miedo a la desaparición de su eficacia protectora. Esto lleva a la pregunta de cómo fueron creadas esas piezas y a qué correspondían. En realidad, cada uno de los elementos de este tipo observados en las construcciones pertenece a un cuerpo decorativo alegórico común en la antigua sociedad europea, de modo que todos esos motivos se asocian a determinados aspectos simbólicos y mágicos dependiendo de la región en la que están ubicados. El pánico ante lo extraño derivaba en la necesidad de defensa contra las supuestas agresiones del mundo exterior o de la propia comunidad. Esos motivos, compartidos por cada sociedad, eran uno de los principales vínculos de unión entre sus miembros, que reconocían su identidad a través de las mismas creencias. Los motivos alegóricos tallados se insertaban de forma permanente en la construcción, dejando así el rastro de unas creencias hoy olvidadas.

El repertorio de elementos protectores y defensivos que ha desarrollado la sociedad tradicional presenta una gran variedad y una considerable diversidad formal. Surgido de una concepción pragmática, viene acompañado de una profunda sobriedad y de un lenguaje más bien escueto para mediar entre los temores y el mal que gira en torno de la casa y la propia familia. Para cada espacio surge una respuesta determinada,



Conjunto de defensas fijas u objetos matéricos insertados en la construcción.

por lo que es diferente el trato que reciben los vanos de las puertas del que se da a los tejados o las chimeneas. A continuación, se verá cómo están configurados en cada uno de esos espacios para hacer efectiva la salvaguarda de la morada interior. Empezando por los muros que encierran la casa, se documentan diferentes rituales vinculados al proceso de construcción que serán a tratados más adelante, tanto en la colocación de la primera piedra como en el conjunto de las cimentaciones. Más allá de esos rituales, centrándonos en los aspectos puramente matéricos e intrínsecos de la morfología del edificio, dentro de los muros observamos huesos, cuernos y herraduras antiguas colocados durante el proceso constructivo y mezclados con la propia mampostería. No los hallamos en muros de adobe, tapia o ladrillo: únicamente en los de piedra. Por la cara exterior también acostumbran a aparecer iconografías antropomórficas y zoomórficas que protegen las esquinas y guardan los puntos débiles de la caja estructural. La separación entre el límite humano y el natural era esencial para preservar la concepción sagrada del hogar interior. De la vigilancia y la preservación de los límites de la propiedad se encargan las representaciones de rostros humanos (motilones), animales y otras escenografías iconográficas, todas ellas procedentes del antiguo culto

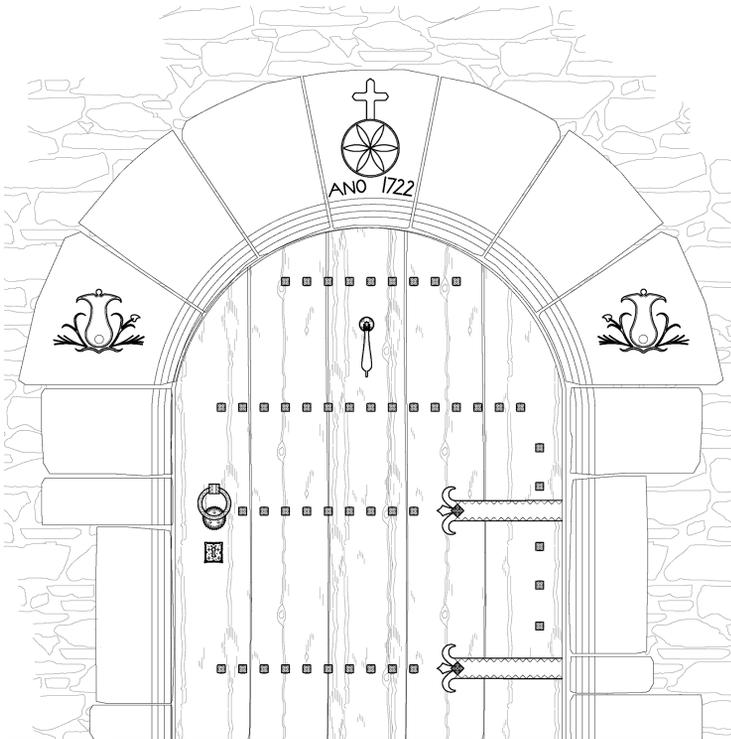
de los antepasados y herederas de las culturas animistas, en las que todo aquello que rodeaba a un ser cobijaba entes espirituales (Violant, 1985: 504). Más modernamente se encuentran capillas dedicadas a ciertas advocaciones que constituyen un territorio ambiguo de protección de la casa y la comunidad a la vez. Los muros también son el soporte del orgullo y la identidad familiar: en muchas casas aparecen grandes representaciones heráldicas y escudos vinculados al linaje o al orden al que pertenecía.

Los umbrales de paso eran el segundo punto que se debía proteger. Las puertas eran el lugar más débil y el más propenso a ser objeto del mal de ojo o de otros maleficios y del asedio de los enemigos tanto físicos como espirituales. El paso de la puerta supone la relación horizontal con la comunidad, con la consiguiente exposición a la envidia de los vecinos y a las malas artes que pudiera haber en cada pueblo. El culto protector de las puertas comienza con la figura del dios Jano, encargado de abrir el año, y también con la de la diosa Cardea, adorada para la protección de cerrojos y otros elementos similares (Marcos, 2005: 172). Las puertas, adoveladas y de siete o nueve piezas, aparecen ornamentadas por una serie de elementos dispuestos de forma jerarquizada. La parte superior de la dovela central representa el punto más importante: es allí donde empieza la distribución de la carga a través del arco de medio punto. Se talla con determinados elementos iconográficos cruciformes, solares o antropomórficos o con iconografía cristiana. El proceso de aculturación de los habitantes de las montañas pirenaicas a la hora de adoptar las nuevas religiones, con especial incidencia del cristianismo, se hace evidente en la combinación de determinados motivos que en la actualidad consideraríamos paganos con cruces y símbolos cristianos. Los elementos cristianos siempre se sitúan de forma jerarquizada por encima de aquellos que tienen un carácter más arcaico. No es extraño encontrar cruces sobre rosas hexapétalas u otras manifestaciones no vinculadas a la representatividad cristiana común en esos valles. En la dovela central también aparece otra clase de información, como la fecha de construcción o de renovación de la casa, y a veces incluso se menciona a la persona que promocionó las obras. Otras veces hay representaciones antropomórficas como los motilones (Navarro, 2019: 179): caras desvinculadas de cualquier tipo de cuerpo que vigilan para proteger el edificio de los peligros que pudieran aparecer en las inmediaciones. En la zona del Isábena, fruto del gran poder y la enorme influencia que llegó a tener la Iglesia, se observa sobre todo iconografía cristiana tallada en la dovela central. Esencialmente se componen de anagramas con las letras IHS, sagrados corazones, representaciones de ángeles o inscripciones invocando a Jesús, la Virgen María o a

la Sagrada Familia. El segundo nivel de la jerarquía de la puerta serían las dovelas de arranque del arco de medio punto o carpanel y las jambas laterales. En ellas se manifiesta un segundo grado de ornamentación, no tan vinculada al repertorio común, sino de un carácter mucho más libre. Son pocas las casas que cuentan con detalles en ese tramo. Las jambas y las dovelas de arranque, al ser elementos simétricos, suponen una duplicidad iconográfica y guardan el acceso de forma lateral. Se observan motivos geométricos tallados con formas espirales, y también iconografías vegetales diversas. Estos motivos relacionados con las plantas rememoran un simbolismo propiciatorio a favor del matrimonio, representado a veces por las iniciales de la familia. Las jambas también pueden estar pintadas de colores rojizos vistosos o simplemente tener cruces dibujadas sobre la superficie de la piedra. En el caso de que las dovelas y la sillería que conforman la puerta las hubiera realizado un maestro cantero, es posible encontrar su firma tallada en la piedra como marca personal o protectora.

Pasando al vano de madera de la puerta, se repite el mismo esquema jerarquizado. En este caso ya no es la piedra la materia de soporte de las creencias, sino que es el arte del metal el que toma el relevo. En las puertas de una sola hoja del territorio del Isábena, en los grandes portales de acceso al interior de las casas, se observan tres niveles diferenciados de elementos fijos de protección del umbral. El primero de ellos se ubica en la parte superior, bajo la mencionada dovela central. Se trata normalmente de un llamador de iconografía faliforme. Este tipo de llamador puede tener muchísimas formas distintas, y todas ellas recuerdan a figuras fálicas, símbolo fecundante pero también protector desde época romana (Colomina, Lomillos y Franco, 1983: 58). El motivo central es el que domina la puerta, por lo que en otros casos el llamador tiene forma de mano o de algún elemento vinculado a la iconografía zoomorfa. El segundo nivel se encuentra en la aldaba inferior, cerca del orificio de la llave. Esta aldaba puede alternarse con el llamador principal, por lo que a veces hay un llamador faliforme en su lugar. Las aldabas acostumbran a tener forma de disco y a estar talladas con ricos patrones geométricos que se repiten una y otra vez por toda la cordillera, además de en muchas comunidades agrarias y ganaderas de su entorno. Hay que mencionar otra vez el estrato cultural común de la sociedad, que se percibe de forma muy clara en las aldabas a través de esos patrones gráficos. Estos elementos pueden también ir acompañados de representaciones solares con discos muy dentados clavados siempre sobre la madera, que es la que les sirve de apoyo (se asociaba el disco solar con el disco de la aldaba de la puerta por medio de grafismos zigzagueantes y dientes de sierra).

El tercer nivel de protección de las puertas viene dado por la cerrajería y por otros detalles más pequeños como clavos. El hueco de la llave, el único agujero existente en todo el cerramiento, es el punto más débil del umbral. Este pequeño hueco es protegido mediante cruces talladas sobre la superficie metálica de la cerrajería o con otras representaciones más variadas. Los clavos que unen los distintos tablones de la puerta forman parte de este tercer nivel jerárquico de protección. Quizás no están tan visibles, pero son de vital importancia, ya que su función estructural es evidente porque se trata de los elementos de unión entre la puerta y su soporte. Cuantos más clavos hubiera, más protección se tendría frente a las armas, puesto que se reducía la superficie de madera, el material más débil. Los clavos, aparte de ejercer una función portante y defensiva, también constituían una barrera simbólica al tallarse en ellos cruces y otros patrones que emulaban formas solares o vegetales heredadas del culto a la naturaleza y a veces inscripciones con nombres de antepasados cuyos espíritus eran



Defensas de protección del umbral de paso.

los veladores de la casa. Finalmente, una última forma de protección del paramento de madera eran las marcas de pintura, normalmente en forma de cruz, de doble cruz o de otros motivos geométricos más ambiguos. Más allá de los elementos descritos anteriormente, también se documenta un extenso uso de herraduras tanto en la parte externa, dentro de las jambas (a veces sobresalían para poder atar los animales allí), como en la interna, clavadas en dinteles de madera tras el arco de medio punto para guardar el umbral de paso desde el interior de la casa.

Las ventanas también son protegidas con elementos semejantes a los anteriormente descritos, al ser asimismo umbrales entre el mundo exterior y la casa familiar. En este caso no se preservan de los ataques físicos como las puertas, sino más bien de posibles entradas de espíritus o almas errantes. Existía la creencia que las ventanas eran umbrales más puros que las puertas por no haber sido tan maldecidas por las brujas. Por eso en muchas comunidades los recién nacidos eran sacados de la casa por primera vez, en su camino hacia el bautismo en la iglesia del pueblo, a través de la ventana (Coll, 2008: 280). A pesar de esa idea de que las ventanas estaban más protegidas, también había que disponer de una estrategia mágico-defensiva para salvaguardar el interior de la morada. Los recursos utilizados son parecidos a los descritos para los portales de acceso, aunque en este caso se emplean muchos menos. La jerarquía de ordenación de los elementos está menos marcada, ya que en general solo acostumbran a aparecer determinadas iconografías en el dintel y, en menor abundancia, en las jambas laterales. En ellas se incluyen motivos cruciformes, muchos de ellos asociados al cristianismo —con anagramas IHS y otras inscripciones con el nombre de Jesús o María— y otros no vinculados con la religión dominante, como cruces gamadas o esvásticas, trisqueles u otros motivos de iconografía solar como las rosetas hexapétalas. Es posible encontrar algunos elementos antropomórficos como los motilones, otros zoomórficos y otros en forma de animales fantásticos que dominan la parte superior, la inferior —a modo de ménsulas— o las jambas laterales. Hay que mencionar también que la propia forma de las ventanas es también un recurso de protección. Hay ventanas cuatripartitas con una gran cruz central de piedra; otras ovaladas dobles, que representan unos ojos humanos, y otras talladas en bloques enteros de piedra en forma de doble concha avenerada que tienen dos funciones, una defensiva —como aspilleras— y otra simbólico-mágica.

Los voladizos eran, después de los muros, las puertas y las ventanas, los siguientes elementos que debían ser protegidos mediante elementos fijos inherentes a



Motilón e inscripció "Yesus". Casa Campet de Brallans.



Iconografía zoomorfa y antropomorfa en una esquina. Casa Turmo de Merli.

la construcción. Las zonas que sobresalían de los límites del edificio, más allá de la delimitación marcada por los muros, quedaban en un territorio ambiguo, una especie de limbo que tenía que ser resuelto de forma contundente para protegerlas y para demostrar que también pertenecían a la casa. Empezando por los balcones, tanto las barandillas de madera o hierro como las ménsulas de apoyo de las losas o los tablones contenían representaciones zoomórficas, solares o fálicas que otorgaban protección a esos espacios. Lo mismo ocurría con los aleros de las cubiertas, muchos de las cuales aparecen asentados sobre ménsulas de madera recortada formando garras de animales, geometrías zigzagueantes u otras morfologías dentadas —tanto para facilitar la evacuación del agua como para *armar* a la construcción frente a lo maligno—. El alero es el último elemento de delimitación del espacio de las construcciones en la naturaleza. Todo aquel que estuviera bajo el alero recibía la protección de la familia, los ancestros y el espíritu de la casa. En algunas sociedades pirenaicas antiguas este era el lugar donde se enterraban los infantes que habían fallecido sin haber recibido la bendición del bautismo, lo cual impedía su entrada en el camposanto, y así eran protegidos por la propia casa a la que habían pertenecido. También suele tener ornamentos en la cara inferior. Abundan las representaciones vegetales con motivos artísticamente dibujados que siempre recuerdan a la flor del cardo, símbolo solar por excelencia, y justamente están ubicados debajo del alero, el elemento que debía resguardar la construcción en los momentos de lluvia.

Por último, en la cubierta aparecen los últimos elementos protectores, especialmente en chimeneas y en cumbreiras —los puntos de mayor altura de la casa—. Si las puertas conectaban la casa con la comunidad, las chimeneas la enlazaban con el sagrado superior. La comunicación de esos dos espacios por medio del camino del humo hacia el cielo podía ser vulnerado con la entrada del mal, tanto de brujas como de almas errantes o espíritus malignos. Como respuesta se disponían, con finalidad defensiva, aunque también funcional, los capiscoles, piedras talladas con formas diversas (fálicas, antropomórficas, zoomórficas, ambiguas...) con el objetivo de proteger la parte más alta de la casa, además de prevenir la caída del tejadillo de remate de las chimeneas. En las cumbreiras de los tejados de dos o de cuatro aguas también es común observar elementos de remate que combinan cruces cristianas con representaciones ambiguas de piedra.

En conjunto, son muchos los elementos fijos con cualidades apotropaicas vinculadas a las creencias y a la religiosidad popular que se utilizaban para proteger la morada humana, aunque nunca tuvieron únicamente ese fin, sino que la astucia de

la sociedad tradicional supo aprovecharlos y combinarlos para dotarlos de una clara funcionalidad tanto para usarlos en beneficio de la casa como para aportar respuestas o soluciones ingeniosas de tipo estructural.

Defensas añadidas: amuletos vegetales, animales y periódicos

La segunda línea defensiva presente en la arquitectura vernácula son los amuletos añadidos a la arquitectura —mayoritariamente dispuestos mediante rituales periódicos— pero no vinculados a la construcción de la casa. Son objetos que se agregan a la envolvente construida una vez finalizada. Acostumbran a ser elementos vegetales, como ramas de boj, laurel u olivo, o bien procedentes del mundo animal, como garras de ave rapaz, pezuñas de jabalí o cuernos de cabra, todos ellos colocados mayoritariamente sobre el paramento de madera del portal de acceso, aunque también en los laterales o en otros espacios sensibles. Las defensas añadidas acostumbran a estar relacionadas con el ciclo anual de la vida agraria y pastoril de la sociedad tradicional. Ese ciclo era el elemento de unión entre la comunidad y el entorno a lo largo del año, durante el cual se compartían múltiples festividades tanto religiosas como populares. En las fiestas marcadas en el calendario anual, principalmente en las primaverales, asociadas a la Semana Santa cristiana, la familia llevaba a bendecir ramos de olivos, *palmones* y ramas de boj para luego colocarlos en las puertas y las ventanas de las casas. Si las defensas fijas requerían un ritual concreto vinculado a un sacrificio para su activación —como se verá en el siguiente apartado—, las añadidas también precisaban un rito —diferente— para que fueran efectivas. Mayoritariamente lo llevaba a cabo el párroco con el gesto de la bendición y el agua bendita en ciertos días del año. Mediante el contacto de esas plantas con el agua, el amuleto era activado para que fuera colocado allí donde la familia lo requiriese. Las puertas, las ventanas y los balcones eran los lugares más comunes. Existía la creencia de que esos nuevos objetos protectores ayudarían a prevenir las tormentas y protegerían la casa de la llegada de las brujas. Tanto servía el olivo como el laurel o el boj, según la disponibilidad en las inmediaciones de cada localidad. La familia guardaba también parte de esa agua para usarla contra las tormentas o contra los encantos o los males de ojo que pudiera padecer alguno de sus miembros. Otro ritual realizado durante el despertar de la primavera, ejecutado periódicamente el día de Pascua, consistía en *sacar la Cuaresma de casa*. El párroco pasaba casa por casa bendiciendo cada estancia para asegurar la

buenaventura de la familia, evitando así los peligros provenientes de cualquier ente o personaje maligno y *esconjurando* los males del hogar.

Fuera de los rituales vinculados al despertar de la vida, representado por la primavera, eran importantes también los elementos añadidos recolectados la noche de San Juan. La tradición narra siempre la importancia de esta fecha y de la necesidad de que sea medianoche para que ciertos elementos activen sus propiedades protectoras y benéficas. Uno de ellos es la flor del cardo (*Carlina acaulis*), que se disponía durante la mañana de San Juan sobre las puertas de las casas para guardarlas de la brujería. Otro ejemplo es la lavanda, que se recolectaba antes de la primera luz de ese día, se bendecía en la iglesia y se guardaba para quemarla para ahuyentar las malas nubes cuando había tormenta. Ese mismo día del solsticio era propicio para realizar una limpieza o purga de las casas o las personas que estuvieran bajo el efecto de un mal hechizo troceando una branca de romero y esparciendo con ella agua bendita por



Defensa añadida en forma de rama bendecida en el umbral de una puerta en Serrate.



Flor de cardo usada como amuleto de protección o defensa añadida en Laspaúles.

el espacio del hogar. Esos amuletos vegetales podían tener la arquitectura como soporte o ser llevados por la gente. Existía, por ejemplo, la creencia de que dar la vuelta a una casa tres veces era una forma de expresar un mal augurio. Si la persona llevaba una rama de laurel, ese hecho podía remediarse. Las plantas, con sus múltiples cualidades medicinales, fueron adoradas por las sociedades tradicionales, un culto vegetal que ha cristalizado y ha llegado hasta la actualidad.

Otro caso son los amuletos de patas de animales, aves rapaces y huesos. Se trata de objetos mucho más misteriosos, no integrados en la religión canónica cristiana ni en sus rituales cíclicos. Se colocan aún hoy en las puertas principales de las casas con finalidades altamente apotropaicas, aunque también como trofeos de caza. Según la cosmovisión local, indican el dominio del amo sobre los animales y los seres espirituales relacionados con ellos. Es una forma de demostrar el poder y la fuerza de una casa, especialmente de aquellas que se dedican a la caza. Se pueden relacionar asimismo con

otra clase de amuletos, como los collares de protección de los recién nacidos y aún no bautizados. En estas cadenas, que cuentan con gran cantidad de objetos, destacan la pata de tejón y la piel de serpiente, elementos que, según las creencias locales, mantenían el mal alejado de la criatura. Tanto los huesos como las patas de animales se vinculan también con la antigua creencia del sacrificio de sangre para transmitir una vida o un alma viva a la casa o para satisfacer las demandas de los espíritus de la tierra donde estaba asentada.

Existen además otra clase de amuletos de piedra: las denominadas *pedras rayo* y las conocidas como *pedras agujereadas*. Según la cosmovisión local, las primeras eran piedras caídas desde el cielo o formadas al entrar en contacto el rayo con la tierra. Su forma era parecida a la de las puntas de sílex prehistóricas, pero sus proporciones eran mucho más reducidas. Esos objetos, a los que se atribuían propiedades místicas, mágicas y medicinales, se usaban para prevenir tormentas o malas artes y otras



Cuerno de cabra insertado en un muro como amuleto o defensa añadida. Casa Campet de Brallans.

cualidades asociadas (Pedrosa, 2009: 261). El último amuleto añadido a la arquitectura son las llamadas *pedras agujereadas*, pequeñas piedras encontradas en la naturaleza con un agujero natural en la parte central. Se trataba de un objeto propiciatorio y protector si era colgado en establos, eras o corrales para evitar que ovejas, cabras u otros animales enloquecieran o enfermaran. Ni estas ni las anteriores requerían un ritual activador, ya que se consideraba que la propia naturaleza les había transferido el poder necesario para ser utilizadas.

Defensas intangibles: palabra y gesto

En este último apartado se recogen las creencias y los rituales, tanto de la zona del Isábena como de más allá de sus tierras, compilados gracias a la gran labor etnográfica de muchos estudiosos y relacionados con gestos, costumbres y actos de invocación, protección o salvaguarda realizados por la propia familia con la arquitectura como espacio de ejecución. Se trata de protecciones intangibles, únicamente de palabra y gesto, que constituían el último eslabón de la estrategia defensiva de la casa en la sociedad tradicional.

Existen gran cantidad de rituales que se cobijan dentro la morada, el lugar predilecto para su ejecución. Los vinculados al fuego, el punto central de la existencia de las comunidades agropecuarias, son quizás los más importantes. A su alrededor se bendecían las comidas y se rezaba cada mañana el ángelus y cada noche el rosario, el ritual más ferviente de la jornada. Era el momento de la liturgia doméstica más lleno de poesía y de unión espiritual. Se recitaban dos rosarios en las largas noches de invierno y solo una parte en las noches de verano. Existían otro tipo de rituales procedentes de creencias arcaicas hoy ya olvidadas. El fuego era cuidado por la señora de la casa, la verdadera sacerdotisa, encargada de la ejecución de muchos de esos rituales. Al anoecer se colgaba el fuego con la ceniza para mantener el calor hasta la mañana siguiente. A continuación, se realizaba una cruz en las cenizas o se dejaban las pinzas de hierro abiertas en forma de cruz sobre el fuego; así se tenía la certeza de que el camino de comunicación con el sagrado superior quedaría sellado para evitar la entrada de brujas por la chimenea y el despertar del fuego maligno, capaz de quemar toda la casa. Durante el marcateje de la cruz sobre la ceniza la señora rezaba: “Si viene Dios, que vea la luz; si viene el diablo, que vea la cruz”. Estaba terminantemente prohibido escupir al fuego y a la ceniza, símbolos del espíritu familiar y morada de los dioses

lares protectores de la casa. A su alrededor se sentaba la familia para rezar conjuntamente con el fin de sofocar las iras y las maldades exteriores durante frías tormentas provocadas por fuerzas malignas. En caso de que los vientos penetraran en el interior y movieran el *cremall*, este debía ser parado enseguida, ya que un solo movimiento de este elemento traería mala suerte a la casa (Violant, 1985: 255). En torno al fuego también se celebraban rituales de paso temporales como las celebraciones del ciclo anual. El más importante era el de la *tronca* de Navidad. El tronco o los troncos que se quemaban durante las fiestas del solsticio de invierno eran ofrecidos a Dios, a la Virgen y a todos los santos para cada miembro de la familia. Se reservaba el más bueno para quemarlo durante la Nochebuena picando su superficie al son de estas palabras: “Buena casa, buena brasa. Buen tizón, buen varón. Dios mantenga, con pan y vino, a todos los de esta casa. Yo te bendigo, tronca de Navidad. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Finalizado el conjuro, se trazaba una cruz encima de la madera quemada a la vez que se rociaba con vino. Seguidamente se continuaba la celebración con bebida y comida abundantes. Para la casa era crucial que prosperara y se engrandara. El principal motivo de la vida era transmitir de generación en generación la estima de la casa, que no faltara ni el calor ni la vida en torno a ella, ya que, si había fuego en la casa, la vida continuaba. También se hacía referencia a la principal inquietud, la llegada de un *buen varón* o heredero para la continuación del linaje y el apellido (Lisón, 1986: 90). Los restos de la tronca quemados se guardaban cuidadosamente para utilizarlos en caso de tormenta colocándolos sobre el tejado.

En la cocina también se llevaban a cabo otros rituales sin el fuego como protagonista, como la obligación de los niños de decir “Ave, María purísima” al entrar y salir de ella. Si no lo hacían, los padres se lo reprochaban y los obligaban a volver a entrar o salir recitando la fórmula (Rábanos, 1990: 287). La invocación de la Virgen en la cocina se puede relacionar con la existencia de una capilla dedicada a ella no lejos del hogar del fuego, herencia de los altares de los espíritus familiares y los dioses lares de época romana. En la misma cocina se debía tener todo ordenado, ya que, si aparecía algo fuera de lugar, se hacía manifiesta la existencia de almas errantes en la casa, indicio de falta de misas y de oraciones para apaciguarlas. Igualmente era importante tener siempre lleno el cajón del pan, especialmente antes de ir a dormir, ya que así habría pan para las almas del purgatorio. También era habitual, antes de cortar el pan y repartirlo entre los comensales, girarlo y hacer la forma de la cruz en su base. Al echar sopa dentro del puchero se vertía una ración de más, asimismo para las almas

del purgatorio. Antes de ir a dormir era importante rezar el credo como oración de protección para librarse del miedo. Finalmente se invocaba a santa Ana para proteger a los niños de brujas y demonios.

Existían otros rituales para la prevención de tormentas y conjuros para evitar los daños vinculados a ellas. Rezar a santa Bárbara a la vez que se tiraba sal al fuego para prevenir las malas nubes era uno de los principales remedios. También se encendían velas de la Candelaria o de Semana Santa. Otra opción era recitar oraciones de cara a las nubes señalándolas con un crucifijo. Curioso era el ritual de prevención consistente en que obispos, párrocos o los propios vecinos miccionaran sobre varitas *mágicas* de madera de almendro para alejar las tormentas de los pueblos (Coll, 2008: 200).

Estaban también los rituales de agregación, en los que la casa como entidad física tomaba relevancia. En Laspaúles, para que los animales de nueva adquisición no huyeran la señora de la casa les hacía dar nueve vueltas alrededor del hogar mientras se pronunciaban estas palabras: “De casa te irás, a casa volverás” (Violant, 1985: 260). A partir de ese momento pasaban a estar vinculados de forma *mágica* con la casa. Este ritual manifiesta la voluntad de la señora de la casa de ponerlos bajo la protección de los dioses o los espíritus del hogar y del fuego. Si un animal enfermaba, se rezaba de rodillas y con la cabeza descubierta mientras se le cogía una pata para *esconjurar* el mal.

RITUAL Y TÉCNICA

El análisis de la relación entre el ritual y la técnica durante la construcción de las casas tradicionales pirenaicas en Ribagorza revela cómo surgían los recursos profilácticos y propiciatorios anteriormente descritos. Las tres defensas simbólicas, como la inserción de objetos específicos, amuletos y conjuros en la construcción, reflejan la influencia de la cultura, las creencias y las tradiciones en la sociedad que las ideó. La interacción entre el ritual y la técnica demuestra cómo esos elementos afectaban a la forma y la función de los hogares. Cada aspecto de la vida cotidiana, incluida la edificación del hogar, estaba impregnado de significado cultural y espiritual. La creación de la primera línea defensiva, basada en elementos intrínsecos a la construcción o en fetiches, requería habilidad artesanal y técnica. Ese proceso, acompañado de rituales y creencias, otorga sentido a los fetiches apotropaicos y revela cómo se crearon los elementos de protección de la casa y cómo se dotaron del poder protector que se les atribuía.

El material

Piedra, madera y metal son los tres materiales con los que están formadas las líneas defensivas de la casa solariega. La estrategia desarrollada para la salvaguarda de la casa arranca con la extracción de la materia prima que terminará formando parte de los materiales de construcción de la futura morada humana. Durante ese proceso no se registra ningún tratamiento especial ni ningún ritual: únicamente el difícil diálogo entre la mano humana y el material, una danza de gestos y fuerzas medidoras de la resistencia de ambos con la que al final se logra un resultado pactado entre el hombre y la materia.

La extracción de piedra se llevaba a cabo cerca de las viviendas, aprovechando la abundancia local sin recurrir a canteras. Se empleaban principalmente piedra caliza, arenisca amarillenta y metamórfica rojiza, cada una con usos específicos. El trabajo era meticuloso y se iniciaba marcando y partiendo la piedra en sentido contrario a su sedimentación. Se golpeaba con un mallo para dividirla controladamente y recortarla según las medidas deseadas. Este costoso proceso se reservaba para las piezas más importantes, como dovelas de puertas o dinteles. Las piedras areniscas o metamórficas se preferían para elementos ornamentales debido a su maleabilidad. Durante la extracción se distinguían las piedras de mejor calidad para utilizarlas en los puntos destacados de la construcción. Eran transportadas en mulas o carros y se les asignaba su función en la obra reservando las mejores para trabajos artísticos y ubicaciones estratégicas. Esta fase podía incluir rituales para infundir un significado especial a las piedras.

La madera desempeñaba un papel esencial en la construcción de viviendas gracias a la gran variedad de árboles disponibles a lo largo de todo el curso del río Isábena, aunque con distinción de especies dependiendo de la zona geográfica del valle. Su obtención era relativamente sencilla en comparación con la de la piedra, aunque se requerían herramientas apropiadas y una técnica precisa de tala. Esta actividad no solo tenía un propósito constructivo, sino que también contribuía al mantenimiento del entorno local. La cuidadosa selección del árbol adecuado era crucial. Se buscaban troncos cilíndricos y rectos, preferiblemente de hayas, pinos y robles, según su morfología. Durante la tala, que se realizaba en invierno y en luna creciente para obtener una madera de mejor calidad, se empleaban diversas técnicas para controlar la caída del árbol y evitar daños. La madera se cortaba en trozos según las dimensiones necesarias. El duramen se destinaba a los elementos estructurales y la albura a otros como ménsulas, aleros o tablonos para el acceso a la casa.

El hierro, obtenido de minas cercanas como Fonchanina o Castanesa en nuestro ámbito de estudio, era un recurso escaso y valorado por su versatilidad y su resistencia. El herrero, figura central en la comunidad, trabajaba este metal y transmitía su conocimiento de generación en generación. El proceso de trabajo comenzaba con la extracción del mineral en una de las muchas minas dispersas por la cordillera pirenaica en función de la región dónde se iba a realizar el trabajo (las más próximas al curso del Isábena eran las dos mencionadas). Luego el herrero convertía ese hierro en herramientas, herraduras u otros elementos esenciales. La fragua —ubicada en el pueblo o en sus cercanías, como las Herrerías de Calvera—, alimentada con madera de robles y castaños, era el corazón de su taller, donde calentaba el hierro hasta que alcanzara un color anaranjado. Con golpes precisos del martillo sobre el yunque moldeaba el metal candente, lo que requería habilidad y paciencia para evitar que se enfriara rápido. Después realizaba un proceso de temple para conferir al metal mayor resistencia y durabilidad, especialmente importantes dadas las duras condiciones climáticas de la región.

El instrumento

El trabajo del material requiere unos instrumentos adecuados para lograr el dominio de la destreza sobre la materia. La labranza de los tres materiales, piedra, madera y hierro, necesita una técnica precisa, solo al alcance de los maestros del trabajo artesanal, pero sin los instrumentos adecuados no sería posible mantener el diálogo entre la mano humana y el material. Por otro lado, sin la destreza, la delicadeza y el esfuerzo no se llegaría a controlar a voluntad el resultado final. La mayoría de los instrumentos son herramientas de procedencia arcaica, sin grandes evoluciones tecnológicas, que evocan un trabajo manual transmitido de generación en generación. Se trata de técnica pura, sin ningún tipo de matiz simbólico asociado. Aun así, algunos de ellos, sobre todo los destinados a formar parte del proceso de construcción, tienen dos funciones, una física y una ritual.

En el arte de la cantería se utilizan mazas y cuñas para dividir grandes bloques de piedra trazando líneas con tiza para guiar el corte. Luego se emplean herramientas como el escacilador o la gradina para perfeccionar las aristas y modelar la superficie. Este proceso implica un diálogo entre el cantero y la piedra para llegar a un acuerdo sobre la forma deseada. Finalmente, la pieza ornamentada se sitúa en la obra utilizando

barros o conglomerantes elaborados a base de cal o argamasa. En contraste, el trabajo de la madera es más sencillo y flexible. Se corta con sierras y hachas, y se labra con herramientas como gubias, formones o limas para crear formas detalladas. Una vez tallada, se coloca en la obra, por ejemplo en el portal de acceso, utilizando herramientas específicas para ajustarla según sea necesario. En el proceso de montaje del portal, en la disposición de las tablas que forman la puerta de entrada —la principal barrera del umbral de paso al interior de la morada— aparece una herramienta destinada a cambiar la madera. Los clavos son los encargados de la sujeción de los tablones a la estructura posterior de travesaños horizontales vinculados a las bisagras laterales. Sin clavos la madera no se podría sostener, pero tampoco podría convertirse en una barrera para proteger el punto más débil de todo el paramento exterior de la casa. Los clavos son elementos malvados que infligen daño y fueron los instrumentos que sujetaron a Cristo en la cruz en lo alto del Gólgota, por lo que simbolizan el dolor y el sufrimiento. Eran también usados en las malas artes para transmitir el daño de un fetiche a una persona concreta. Aun así, también podrían contrarrestar esos daños y convertirse en una protección contra la brujería. El proceso de penetración del clavo en la madera se asemeja al ritual romano del *clavus annalis*, consistente en que el emperador fijaba un clavo a una pared del templo de Júpiter para la prevención de plagas, epidemias e inundaciones (Dungworth, 1998: 156). Formaba parte de las celebraciones rituales anuales, aunque en momentos de emergencia se procedía a su realización inmediata para intentar aplacar las iras y las furias de las deidades. La visión utilitaria de este instrumento en las puertas de las casas pirenaicas puede integrar su función de contener la madera y unirla con la estructura contigua y su uso propiciatorio para la protección de la casa según la cosmología particular de la sociedad tradicional. Más aún, el rico despliegue ornamental de su superficie, mayoritariamente de morfologías cruciformes, transforma ese elemento destructivo y dañino en un artefacto de magia simpática y protectora del hogar. Los clavos surgen también del arte de dominar el fuego y el metal que ejerce la misteriosa figura del herrero, comentada anteriormente.

El arte del metal requiere herramientas especiales que resistan el proceso de la fragua y el moldeado del hierro. Las pinzas eran esenciales para sujetar el hierro candente en las fraguas, mientras que los fuelles avivaban el fuego insuflando aire. El hierro calentado se moldeaba sobre el yunque con martillos según las formas deseadas. Para piezas grandes y menos delicadas se utilizaban grandes mazos accionados mecánicamente. Una vez moldeado, el hierro se templaba en agua, aceite o cuernos de carnero. Para elaborar



Clavo en un portal de acceso. Casa Campet de Brallans.

la ornamentación se empleaban herramientas como cuchillos o punteros con los que se grababan patrones como líneas y puntos o líneas dentadas o zigzagueantes.

Cada uno de esos utensilios esenciales para el dominio de la materia prima podía contener algún tipo de ornamentación, aunque mínimo. Es de interés mencionar que quizás esas herramientas de trabajo no eran más que instrumentos funcionales, pero los objetos caseros (cucharas, queseras, cuchillos y cremallos, entre otros) sí que estaban ricamente ornados. Su patrón decorativo era parte de un conjunto de trazas, dibujos, símbolos y alegorías comunes en la sociedad tradicional europea que, con un origen mágico, se transmitía de generación en generación y se empleaba tanto por su significación como por pura belleza plástica. Es importante destacar que en la sociedad tradicional no se planteaba la dicotomía entre ornamento y función, sino que esta es una imposición fruto de un juicio estético contemporáneo. Es común, entonces, observar los mismos motivos decorativos que en las casas (rosetas hexapétalas, geometrías

zigzagueantes, esvásticas, cruces y otros motivos ya descritos) en queseras, saleros, cucharas y otros utensilios de cocina y objetos de uso diario. Formarían un instinto secreto de signos recibidos por vía tradicional que enlazan un pueblo con otro pueblo, una cultura con otra cultura, disparares en el tiempo. Esos objetos y el arte decorativo trazado en ellos constituyen el tesoro espiritual, en forma de arte humilde, de los ancestros de la sociedad actual.

La construcción

El hombre pirenaico no necesitaba arquitectos ni aparejadores ni planos. Exponía su idea y sus intenciones al maestro de obras o al albañil del lugar. Con su opinión, más la del maestro y a veces la de un tercer oyente, se planteaba la obra y se emprendía como mejor les parecía. Por esta razón las casas de la región aparecen anexionadas sin orden alguno, pero con gracia. En construcciones aún más antiguas posiblemente tampoco intervenía el albañil, sino que se hacía todo entre familiares y vecinos. A pesar de la inexistencia de las figuras responsables de las obras de la actualidad, el proceso constructivo seguía el mismo criterio y el mismo orden que hoy. La principal diferencia respecto a una obra moderna era la ejecución de ciertos rituales vinculados a la construcción que garantizaban el buen desarrollo de la obra, así como la integración y el asentamiento en el entorno. En el contexto de la construcción de la casa tradicional pirenaica se despliega un universo de rituales divididos en diferentes fases —los de cimentación, los de cobertura, los de entrada y los de encendido del primer fuego— que están arraigados en la tradición y sobre todo en la conexión con lo divino. Esos rituales, más que simples formalidades, representan pilares fundamentales que garantizan simbólicamente no solo la estabilidad estructural, sino también la prosperidad y la protección del hogar, al ser los encargados de la activación de las primeras líneas de defensa, compuestas por objetos insertados en la arquitectura. Como se verá, se trataba de un proceso sagrado y holístico donde cada acción tenía el poder —o al menos la voluntad— de influir en el destino y la seguridad de la vivienda y de sus moradores.

Ritual de cimentación

Los rituales de cimentación tenían como objetivo apaciguar a los espíritus moradores del lugar y pedirles permiso para desgarrar la tierra, profanarla y construir el hogar en un entorno que hasta el momento era propiedad de la naturaleza. El buen

porvenir de la casa se iniciaba en el momento de la apropiación del terreno. Si no se realizaba el ritual correcto, la familia no podría prosperar en ese emplazamiento, ya que tendría enfrentadas a las deidades o a los espíritus moradores de esa tierra, los *genii loci*. Se empezaba con la bendición del terreno, llevada a cabo por el párroco local vestido con el traje ceremonial. Luego se procedía a colocar la primera piedra. Para ello se necesitaba trazar la delimitación de lo que sería la casa. Mediante el arado, emulando el antiguo ritual romano de delimitación del recinto sagrado de la ciudad, se rasgaba el terreno para diferenciar la futura morada humana y cerrar el futuro sagrado interior, diferenciado del mundo profano exterior. La colocación de la primera piedra, la base sobre la que se sustentaría toda la construcción, era el acto más importante de todo el proceso. Simbolizaba la ofrenda a la divinidad de la tierra para sosegarla tras la usurpación del terreno, garantizar su quietud y asegurar la consistencia del futuro edificio. Podían llevarse a cabo gran variedad de acciones, desde poner monedas bajo esa primera piedra hasta pasar los más mayores por encima de ella u ofrecer un sacrificio, simbólico en épocas modernas, pero real en la antigüedad, como regarla con vino o con sangre real para calmar a las deidades del lugar (se asociaba el vino con la sangre por vinculación con la religión cristiana). También era común el sacrificio de un gallo o el enterramiento de un animal, normalmente un cordero, como víctima. El objetivo era dar consistencia y estabilidad al terreno y a la obra. Existían múltiples rituales según la región. A veces, en lugar de sacrificar un animal, se llevaba un hombre al lugar de la construcción, se medía su cuerpo, una parte o su sombra y se enterraba la medida bajo la primera piedra. Se creía que el hombre moriría aquel mismo año, ya que, según la concepción local, su alma había sido capturada bajo los cimientos de la casa y la recuperaría la futura morada de la familia. Ese acto no era sino un recuerdo de la antigua práctica de soterrar bajo el edificio una persona viva para que su espíritu se transfiriera a la casa y la guardara de los enemigos y de las malas artes (Violant, 1985: 191).

Ritual de cobertura

La construcción iba avanzando a medida que subían los muros y se incorporaban los forjados. Durante ese proceso se insertaban herraduras, huesos o cuernos de animales en el conglomerante de unión de las piezas de mampostería, sin ritual alguno, para garantizar la futura protección de la casa. También se iban colocando en dinteles de puertas y ventanas, así como en el resto de los paramentos exteriores, determinados

elementos protectores descritos anteriormente como estrategia defensiva. La construcción de la cubierta suponía un hito en toda la obra y un punto de inflexión. El acto de cubrir techo era un hecho simbólico muy importante, ya que la envolvente de la casa había sido culminada y, por tanto, la caja que encerraría el mundo interior familiar había sido finalmente sellada. En ese momento se colocaba una rama de almendro o de olivo en el hastial del tejado de forma recta para mostrar que no había ocurrido ninguna desgracia durante el proceso. Entonces el amo de la casa pagaba una comida colectiva para celebrarlo con quienes habían intervenido en la construcción, para lo que se sacrificaba un cordero que se repartía entre todos los obreros. En otros casos se regaba con vino la última loseta dispuesta en el tejado, recordando un rito de sangre ancestral (otra vez presente la asociación del vino con la sangre), para tranquilizar a las divinidades de los bosques y las piedras y permitir así la estabilidad de los materiales empleados para levantar la estructura de la casa (Violant, 1979: 260).

Ritual de entrada

Finalizada la obra, la casa aún no estaba lista para cobijar a la familia: era necesario efectuar el ritual de entrada, el más importante de toda construcción residencial, exceptuando los de cimentación. Suponía la activación de la estrategia defensiva del hogar —las primeras defensas o los objetos intrínsecos a la construcción— mediante determinados sacrificios. El proceso consistía en introducir y sacrificar un ser vivo para que el espíritu pasara de la víctima a la casa. El sacrificio, normalmente de un cordero, se realizaba en la puerta: se cortaba la cabeza del animal en el exterior dejando el cuerpo en el interior, de modo que la sangre se derramara justo en el umbral. Seguidamente se procedía a servir la víctima como plato principal en la comida posterior al ritual. Otra forma de transferir el espíritu de un ser vivo a la casa era el entierro de un recién nacido, en un momento de gran mortalidad infantil (Violant, 1985: 264). Esta acción suponía la activación de las defensas de la casa, ya que se consideraba que el espíritu de la víctima había sido transferido a ella. El cuerpo era enterrado bajo el umbral de paso, bajo la escalera o bajo del alero de la cubierta, con lo que la casa quedaba igualmente protegida por su delimitación simbólica. Existía también el miedo a que el hecho de terminar una nueva casa llamara o atrajera a la muerte, dada la creencia de que la muerte se sentaba en el dintel de la puerta esperando a aquel que entrara primero. Una medida de protección era dejar entrar un gato y encerrarlo en la casa hasta

que la muerte se hubiera cobrado su tributo. Ese era el momento propicio para la entrada de la familia, que se celebraba conjuntamente con todas las personas que habían participado en la construcción. El párroco pasaba también a dar la bendición a la nueva casa esparciendo agua bendita en cada estancia, una liturgia que se repetía de forma cíclica en Semana Santa para marcar el final de la Cuaresma.

Ritual de encendido del primer fuego

El último ritual conocido estaba dedicado al encendido del primer fuego una vez finalizado el proceso constructivo. Denominado *ritual de bautizo del fuego* (Violant, 1985: 266), se realizaba en la cocina, el hogar del fuego, la estancia más preciada de la casa, donde se trabajaba, se rezaba y se proyectaba el devenir de la familia. El hogar del fuego era una reminiscencia de la morada de las antiguas divinidades lares y manes representadas por el fuego sagrado, advocaciones de la casa y de las almas de los familiares traspasados. El acto consistía en beber una cazoleta de vino sobre la viga cremallera o barrer. Después se bendecían los utensilios del cuidado del fuego y también los hornos de cocción del pan. Finalmente se daba un trozo de pan a cada miembro de la familia por si hubiera un maleficio en él, de modo que se contagiaba un poco a cada uno para reducir su efecto. En la vertiente francesa este ritual de inauguración tomaba el nombre de *pendre la crémaillère*, traducido como ‘colgar el cremallo’. En la actualidad se sigue usando ese término para designar la fiesta de inauguración de una nueva vivienda.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BIARGE, Fernando, y Ana Biarge (2000), *Libranos del mal: creencias, signos y ritos protectores en la zona pirenaica aragonesa*, Huesca, Iniciativas sobre Espacios Naturales de Huesca.
- COLL I MARTÍ, Pep (2008), *Muntanyes maleïdes*, Barcelona, Labutxaca.
- COLOMINA LAFALLA, Pedro, Gloria LOMILLOS SOPENA y Carlos FRANCO DE ESPÉS (1983), “Llamadores faliformes en Ribagorza”, *Temas de Antropología Aragonesa*, 1, pp. 51-62.
- DUNGWORTH, David (1998) “Mystifying Roman nails: *clavus annali*, *defixiones* and *minkisi*”, *Theoretical Roman Archaeology Journal 1997*, pp. 148-159.
- ELIADE, Mircea (2018), *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Austral.
- ESTABLÉS ELDUQUE, José María (2006), *La ruta de las chimeneas. Viaje emocional por el Pirineo: de Jaca al valle de Ansó*, Zaragoza, ed. del autor.

- KRÜGER, Fritz (2008), *Los altos Pirineos*, vol. I: *Comarcas, casa y hacienda, primera parte*, Tremp, Garsineu / DGA / DPH.
- LISÓN ARCAL, José Carlos (1986), “La casa oscense”, en *Los Pirineos: estudios de antropología social e historia. Coloquio Hispano-Francés*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 11-95.
- MARCOS CASQUERO, Manuel Antonio (2005), “Ritos y creencias de la antigua Roma relacionados con las puertas”, *Revista de Estudios Latinos*, 5, pp. 147-174.
- NAVARRO LÓPEZ, José Miguel (2019), *Diccionario del Pirineo aragonés: signos, símbolos y personajes míticos y legendarios*, Zaragoza, Prames.
- PEDROSA BARTOLOMÉ, José Manuel (2009), “Jussieu, Feijoo y las piedras del rayo, o la razón moderna frente a la vieja superstición”, *Revista Murciana de Antropología*, 16, pp. 245-270.
- RÁBANOS FACI, Carmen, y cols. (1990), *La casa rural en el Pirineo aragonés*, Huesca, IEA (Colección de Estudios Altoaragoneses, 32).
- ROMEU COSCOLLA, Gerard (2022), “Piedra viva: iconografía vernácula del valle de Isábena”, *Temas de Antropología Aragonesa*, 28, pp. 83-135.
- VIOLANT I SIMORRA, Ramon (1979), *Obra oberta*, 1, Barcelona, Altafulla.
- (1985), *El Pirineo español*, vol. I: *Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*, Barcelona, Altafulla.